

téraria y científica fué acaso menos vistosa, lleva, en cambio, el sello de los estudios fundamentales, de los llamados a eternizar un apellido. Lástima grande que los trastornos políticos—y acaso alguna mano no bien intencionada—disiparan el trabajo intenso de muchos años y estorbaran la terminación del monumental *Catálogo de los Manuscritos Griegos* de la Biblioteca de El Escorial.

Había nacido en Buenavista de Palencia, el año 1892, e ingresó en el Orden en 1906, profesando el 18 de febrero de 1908. En 1911 fué destinado a Roma para cursar sus estudios de Teología. Hubo de volver, apenas terminados, en 1915, a causa de la entrada de Italia en la guerra europea, y pasado un curso en nuestro Colegio de Madrid, fué destinado al Monasterio de El Escorial, donde ha pasado su vida entera dedicado al estudio en la Real Biblioteca y a la explicación de la Teología. Con paso firme y seguro escaló las alturas del Magisterio de Sagrada Teología, después de alcanzar brillantemente los grados de Lector, Regente y Doctor. Generaciones se educaron en sus clases y dan testimonio de su claridad de visión, de su maestría en la exposición doctrinal, de su habilidad e ingenio para calar la capacidad de sus discípulos y abrir horizontes a cada cual según sus facultades.

Su nombre se abrió camino y llegó al primer centro de estudios eclesiásticos, a la Pontificia Universidad de Salamanca, cuyo Canciller, el excelentísimo señor Barbado, le incorporó al Claustro de Profesores de la misma. Allí brilló *inter primos*, enseñando a sus discípulos lo que no sabían, según frase gráfica con que ellos mismos calificaron sus enseñanzas. Brazo derecho del señor Obispo, a su iniciativa fué debida la creación de alguna Facultad y la reorganización de la de Teología. En distintas ocasiones apreciamos el respeto y la admiración con que se hablaba del P. Revilla en la Universidad y el acatamiento casi incondicional con que se aceptaban sus juicios e iniciativas. Diríase que era no *unius*, sino *major inter pares*,

el maestro a quien todos reverenciaban y a cuya inteligencia rendían homenaje. Sin pretenderlo, se había convertido en el alma de la Pontificia Universidad Eclesiástica.

Gozando de la plenitud de sus facultades, cuando más podíamos esperar de su clara inteligencia y de su inmensa capacidad de trabajo, cuando acaso tenía madurado y aun en vías de realización el proyecto de la obra que habría de reanudar la tradición teológica de la Orden que con Del Val, Berti, Gibbons, Aragón y Uceda y los ilustrés de la escuela de Salamanca enlazan con Tomás de Argentina y Egidio Romano, sin que nadie pudiera sospechar que le rondara de cerca la muerte, nos sorprendió dolorosamente la noticia de su fallecimiento inesperado, debido a una angina de pecho, que acabó con su naturaleza robusta en pocos minutos, dejando en El Escorial y en Salamanca un vacío que tardará en llenarse debidamente. Así lo vieron los Rectores de ambas Universidades, Eclesiástica y Civil, que suspendieron las clases al recibir la noticia de su muerte en señal de duelo. «Acaba de morir—les dijo a sus discípulos el señor Tovar, Rector de la segunda—una de las más grandes figuras de los estudios griegos en España.» Así lo comprendió el señor Obispo de Salamanca, Gran Canciller de la primera, que delante de su cadáver exclamó con voz insegura por la emoción: «Dios sabe lo que hace; le ha encontrado maduro para que fuera a contemplarle con aquel *lumen gloriæ* que él tan magistralmente explicaba en sus clases teológicas.» Y sus alumnos, con lágrimas en los ojos, repetían, profundamente apeñados: «Fué el canto del cisne; el sábado, ayer precisamente, fué su lección brillantísima, como ninguna, que nos arrancó aplausos, sin podernos contener y contra todo precepto reglamentario.» Al sentir los ahogos de la agonía, dijo, pidiendo la absolución al Padre que acudió a sus quejas: «¡Dios mío, ten misericordia de mí!» Y entregó su alma en manos del que la

creó. Que descansé en paz en compañía de su hermano, el P. Mariano; del P. Julián Zanco, del P. Guillermo Antolín, del P. Melchor Martínez, del P. Juan Monedero, del P. Marcelino Arnáiz y de tantos otros coprofesores suyos, cuyos puestos, desgraciadamente, aún no se han ocupado debidamente y murieron como él, soñando con hacer de El Escorial un gran centro de cultura.

«Dos grandes ilusiones he tenido en esta vida—dijo días antes y presintiendo cerca la muerte—: una, la fundación de esta casa de Salamanca, casa de estudios que recordará las glorias de otros días; otra, El Escorial con su plan remozado de estudios y su plantel de profesorado escogido en vías de realización. He sembrado la semilla; otros recogerán el fruto.» La ilusión con que mueren todos los hombres que sobresalen de entre los mortales. Parece como que Dios les reserva para lo áspero, lo penoso y, al mismo tiempo, lo esencial de sus obras: el laboreo del terreno, la siembra del campo, el riego fecundador, y les lleva para sí a fin de que desde el cielo vean el fruto de su trabajo. Confiamos en su divina Providencia que los sueños dorados del P. Alejo Revilla no serán vanos.

La obra escrita que nos deja el P. Alejo corresponde a la capacidad de su inteligencia, dado que su labor docente fué intensísima y el trabajo a que dedicó sus actividades le requirieron tiempo y atención sin límites. Tanto más de sentir que a su lado no tuviera quien le aliviara la tarea diaria. Los escritos doctrinales publicados pueden reducirse a tres: dos, en «La Ciudad de Dios», acerca de *Lo sobre natural en la Filosofía de Santo Tomás*, y otro acerca del valor apologético de algunas obras recientes, y el tercero, publicado en la revista «Cruz y Raya», en el que estudia a San Pablo como apologista y expositor de la doctrina cristiana. Ultimamente pronunció una conferencia, que verá la luz pública, Dios mediante, en la serie de ellas organizada por el señor Obispo de Bilbao para el clero de su

diócesis, y que llamó poderosamente la atención, confirmando la opinión de ser quizá el mejor teólogo español de nuestros días.

Pero su obra no fué esa, ni lo hubiera sido el tratado de Teología fundamental que traía entre manos para su próxima publicación. Su obra es el magno *Catálogo de Manuscritos Griegos de la Biblioteca de El Escorial*, que, premiado en público ciertamente por la Biblioteca Nacional, fué publicado a expensas del Estado en 1935. Sólo salió a luz el primer volumen, porque en la corrección de las pruebas del segundo le sorprendió la revolución del '36. En su celda de El Escorial quedaron cuartillas y galeradas, y de allí desaparecieron días antes de volver a ella el P. Alejo. Sí, porque (de sus mismos labios lo recibí) dos meses antes de la liberación de Madrid, persona de toda confianza del P. Alejo y de conciencia recta realizó un viaje a El Escorial y por encargo del mismo visitó las celdas suya y del P. Zarco, encontrándose en ellas libros y papeles en el mismo estado en que ellos los dejaron al marchar apresados a Madrid, con el detalle de que algunas cuartillas, impulsadas por el viento, estaban tiradas por el suelo, y allí las dejó la persona visitante. La alegría e ilusión del P. Alejo fueron tan grandes como lo fueron su tristeza y desilusión al llegar a El Escorial y encontrarse a un empleado que recogía las últimas barraduras en la celda que acababa de limpiar, y que no supo darle razón de la desaparición de libros y papeles, que nadie ha visto después. Así se desbarató el trabajo paciente e inmenso de veinte y más años. No sabemos si Dios tendrá dispuesto que algún día se revele el misterio de esta pérdida o, quizá, de este latrocinio.

Ultimamente, ante las reiteradas instancias que de todos los helenistas españoles y extranjeros recibía incesantemente, se decidió a rehacer lo extraviado o sustraído, y en su preparación empleaba las horas que le dejaban libre las cátedras de Salamanca y El Escorial con todo interés,

con la ilusión que iluminó sus primeros estudios, no obstante que una voz interior le repetía lo cercano de su fin. «Dos o tres días antes de morir—dice uno de sus profesores—, hablando sobre los códices griegos de El Escorial, me extraño que me dijese que de esa obra (el segundo tomo) me encargara yo, y me sorprendió más su proposición por cuanto siempre me había hablado con entusiasmo del empeño que ponía en su confección y término.» También fué una ilusión cortada en flor. Y fué una pérdida que ha de ser lamentada por todos los eruditos que a los estudios helenísticos dedican su atención. Con fervido aplauso fué recibido el primer volumen y con grande sentimiento se lamentó entre todos los estudiosos la irreparable pérdida de «una de las más grandes figuras de los estudios griegos en España».

Dios así lo ha dispuesto. El sea bendito y le dé al P. Alejo Revilla el premio de gozar sin velo ni sombra de la visión beatífica que con tanta sabiduría como claridad sabía poner al alcance de sus alumnos. R. I. P.

DIEGO P. DE ARRILUCEA, O. S. A.

R. P. CÉSAR MORÁN BARDÓN

El 19 de enero del corriente año falleció, en Madrid, el gran arqueólogo y religioso agustino P. César Morán. La prensa diaria y diversas revistas de carácter científico hicieron eco del doloroso acontecimiento y llevaron a todos los ámbitos de la patria, y aun del mundo civilizado, la ingrata nueva, que pone crespon de luto en los estándares reales de las avanzadas de la ciencia, en las que militó con personalidad propia y reconocida hasta el último momento de su fecunda existencia. Perfectamente capacitado para el trabajo de investigación por las dotes de inteligencia y de tesonera constancia que le adornaban,

llegó, en el campo de su especialidad, a destacarse entre las figuras más conocidas del mundo del saber, que cultivaron su trato y facilitaron su ingreso en Centros y Academias, siempre a base de indiscutibles merecimientos.

Al leer las apretadas páginas de sus libros sentimos la impresión del esfuerzo extraordinario que significó para aquella vida, con la carga de otras obligaciones, dar cima a tan importante labor. Y más aún si tenemos en cuenta que ésta es obra única y exclusiva de la afición, llevada a cabo en las horas que sus deberes de profesor y de sacerdote le dejaban libres y sin el apoyo y cooperación que otros necesitan para escalar alturas mucho más asequibles que aquellas a que él llegó. El P. Morán es el ejemplo vivo del religioso humilde, callado, constante, trabajador, esclavo del deber, que, al lado de su ideal supremo de fe, pone el otro de la ciencia por el camino de una especialidad. «Todo el estudio del insigne montañés descubre un afán andariego y curioso, sensitivo e infatigable, capaz de recoger todo lo pintoresco y anecdótico, ensimismándose años y años, si es preciso, en la comprensión y logro de lo trascendente por difícil y oscuro que aparezca en la super-vivencia.»

No había dificultades para aquel ánimo obsesionado por los misterios de la ciencia. Todos los días eran buenos para él; todas las ocasiones, propicias; todos los caminos le llevaban al mismo fin. Una fecha de asueto en el Colegio, un paseo, las vacaciones de Navidad, Semana Santa y verano... cualquier respiro en las obligaciones habituales era aprovechado por el estudioso agustino. Una visita de cortesía, una recreación, un viaje de placer, un cambio temporal de residencia, las más triviales conversaciones, de modo particular con la gente del pueblo, le ayudaban a perfeccionar y aumentar sus conocimientos. Con su *block* de cuartillas y su viejo lápiz, su pluma estilográfica, digna por su venerable antigüedad de figurar entre los numerosos *cacharros* de su colección, y a la que dedicó

uno de sus más curiosos artículos, salía, caballero andante de la ciencia, por los campos bienamados de la Patria en busca de *aventuras* arqueológicas, que más de una vez estuvieron a punto de terminar, como las del enamorado manchego, a manos de vulgares yangüeses, que, incapaces de comprender aquellas preocupaciones, le tenían por un chiflado, lo cual no alteraba ni poco ni mucho su pacífico carácter, y le daba ocasión para insertar en posteriores artículos sabrosos comentarios con tal habilidad y discreción, que llegaban como a formar parte interesante e infaltable en el conjunto de sus obras.

Porque una de las características de los libros y publicaciones del P. Morán es ésta: «haber sabido anar algo tan diferente como la amenidad y la arqueología, de forma que sus escritos, Memorias y trabajos se leen fácilmente y aun con gusto hasta por los más alejados de esta clase de estudios y preocupaciones». Cualquier incidencia en sus correrías de investigador, cualquier oportunidad que la materia le ofrecía, era aprovechada con arte para insertar una cita aleccionadora, la narración de un suceso ameno que pudiera fluir sin esfuerzo de la materia que trataba. Y el resultado es que al repasar sus libros «sintamos la impresión de las cosas, los testimonios, las instituciones resucitadas por arte mágico de las palabras. Los hombres y sus huellas de pretéritos remotísimos son como figuras llenas de vida y de plasticidad, maravillosamente animadas, tan definidas en sus contornos y expresión que parecen ser ellas mismas las que nos enseñan para siempre, con encuadramiento exacto, la propia importancia y el secreto valor. En sus páginas flota, casi siempre como elemento fertilizador, una leve lluvia de encantador humorismo». La descripción de sus andanzas tiene de este modo algo de diario de viaje como para ayudarnos a mirar sin temor las arideces de una ciencia que se desenvuelve entre monumentos funerarios, ruinas, piedras y esqueletos, a los que con virtud maravillosa parece reanimar.

Inició sus tareas literarias en Talavera de la Reina, apenas terminada la carrera. Un semanario sin mayores pretensiones, *La Ribera del Tajo*, pero enemigo mortal de farsantes y enredadores de mala fe, recibió los primeros artículos de su pluma bajo el seudónimo de Narcombesdi. Pero donde su prestigio adquirió relieve extraordinario y de alcance universal fué en Salamanca. Treinta años de permanencia allí, entregado al estudio y a la investigación arqueológica, le convirtieron en un especialista formidable, consultado y admirado en todo el mundo. Y téngase muy en cuenta que no fué sólo un teorizante de la ciencia, un especialista de gabinete; sus estudios están invariablemente apoyados en los propios hallazgos y descubrimientos, después de recorrer palmo a palmo la provincia de Salamanca, y en menor escala otras regiones de España y Marruecos. Su bibliografía sobre la prehistoria y el folklore salmantino constituyen sin disputa la primera y la más importante fuente de información arqueológica de aquella provincia. Veinticinco trabajos especiales, algunos formando extensos libros, y numerosos artículos publicó el P. Morán para dar a conocer los secretos que encierran los castros, piedras, dólmenes, utensilios, armas, monumentos prehistóricos, cantos y tradiciones populares de Salamanca. Después de esto ya nada se podrá escribir acerca de la materia sin tener en cuenta los descubrimientos del ilustre agustino. Ha sido, pues, un acierto, y también una obra de justicia, la decisión del Museo Provincial de Bellas Artes de la ciudad dedicar la Sala de Arqueología al P. Morán. León, Zamora y Asturias atrajeron asimismo la atención de nuestro biografiado, que realizó en aquellas tierras diversas excursiones científicas y algunas excavaciones, que dieron por resultado algunos libros y otros estudios más breves, publicados en periódicos de las respectivas provincias. Invitado por la Alta Comisaría, recorrió también en distintas ocasiones toda la Zona del Protectorado Español de Marruecos, realizando concienzudos trabajos

de investigación histórica y arqueológica y haciendo atinada descripción de las razas que pasaron por nuestro Protectorado, estudiando sus caracteres antropológicos, costumbres, viviendas, etc.». Todo lo cual apareció comentado en revistas de aquella Zona y expuesto en diversas conferencias bajo el patrocinio de la Dirección General de Marruecos y Colonias.

El catálogo de sus escritos es extraordinariamente extenso y no cabría en un estudio de este carácter. Dejemos sólo constancia de que, aparte las publicaciones que forman volumen, libros y folletos, en número de cerca de cuarenta, hemos contado más de doscientos artículos publicados en las revistas y periódicos siguientes: *El Adelanto*, *La Voz de Castilla* y *La Gaceta Regional de Salamanca*; *La Ribera del Tajo*, de Talavera; *El Oriente de Asturias*, de Llanes; *El Día*, de Palencia; *El Diario de León*; *El Correo de Zamora*; *España y América* y *Religión y Cultura*, de Madrid; *Real Colegio de Alfonso XII*, de El Escorial; *La Basílica Teresiana*, de Salamanca; *Boletín de la Real Academia de la Historia*, de Madrid; *Revista de Guimarães*, Portugal; *O Instituto*, de Coimbra; *Mauritania*, de Tánger; *Archivo Español de Arqueología*, de Madrid; *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares*, de Madrid. Tan abundante y sólida producción atrajo, como era natural, la atención de los centros de cultura, muchos de los cuales inscribieron el nombre del P. César Morán en el catálogo de sus socios. Así llegó a ser Correspondiente de la Real Academia de la Historia, de la de Ciencias de Lisboa, Socio numerario de la Sociedad Española de Antropología, Etnografía y Prehistoria, de la Sociedad Ibérica de Ciencias Naturales, Correspondiente del Museo del Pueblo Español, Académico del Instituto de Lisboa y de otro Centro Científico de Río Janeiro. Tomó parte activa en los Congresos para el Progreso de las Ciencias de Oporto, Salamanca, Coimbra y Santander, y en el Internacional de Artes Populares de Praga. Ostentó asimismo el cargo

oficial de Comisario de Excavaciones de Salamanca y representó a esta provincia en la primera Asamblea Nacional de Excavaciones Arqueológicas.

Y toda esta labor la llevó a cabo sin mengua de sus obligaciones de religioso y de religioso ejemplar. Fué en el convento el primero en el trabajo y dejó a sus hermanos de hábito el modelo de una vida laboriosa, humilde y de total sumisión a los Superiores. Datos biográficos, los comunes: nació en Rosales (León) el 7 de octubre de 1882; profesó en Valladolid el 5 de octubre de 1904; celebró su primera Misa en el Convento de La Vid (Burgos) el 15 de agosto de 1907. Su primer destino fué Talavera de la Reina, de donde pasó a Salamanca y, luego, a Madrid. Y aquí murió en la fecha arriba indicada. Descanse en paz!

LUIS CAMBLOR, O. S. A.